

EL
DETECTIVE
MORIBUNDO
LEIF GW
PERSSON

A lo largo de su brillante carrera, Lars Martin Johansson llegó a ser uno de los mejores investigadores de Suecia, jefe de los servicios secretos y, finalmente, máximo responsable de la policía. Cuando debería estar disfrutando de la jubilación, despierta en el hospital tras sufrir una embolia. A partir de este momento, todo son órdenes que no le gustan nada: cuidarse, escuchar a los médicos, hacerse chequeos, seguir una dieta sanísima, dejar de beber, hacer reposo...

Solo se siente revivir el día en que la doctora le habla de un asesinato ocurrido veinticinco años atrás. El caso no se resolvió y acaba de prescribir, pero ella tiene una información que jamás llegó a la policía. Lars Martin no duda. Legalmente, es imposible reabrir el caso. Pero nada ni nadie puede impedirle que lo investigue por su cuenta.

El detective moribundo es la historia de un investigador que, ya jubilado y enfermo, se resiste a dejar pasar un caso que sabe que puede y debe resolver. Para lograrlo no duda en volver locos a familiares, amigos y colaboradores accidentales, que se desviven por complacerle mientras él manda y dirige con mano firme desde la cama... y a la que puede se salta las órdenes del médico. Tierna, humana, con sentido del humor y una brillante investigación, Leif GW Persson nos regala su mejor novela.

PRIMERA PARTE

Ojo por ojo...

Éxodo 21, 24

1

Tarde del lunes, 5 de julio de 2010

En Estocolmo, en Karlbergsvägen 66, está Günter's, el mejor puesto de salchichas de Suecia. Rodeado de sólidos edificios de piedra de varias plantas construidos a comienzos del siglo pasado. Mampostería de ladrillos cuidadosamente colocados uno a uno en fachadas enlucidas con cal con miradores y ventanas antiguas con travesaño. Con amplias zonas de césped delante de los edificios y —en esta época del año— árboles frondosos que bordean la calle. Una vez dentro de las casas, tanto la entrada como las escaleras, el friso del techo, el estuco e incluso el revestimiento en varias partes son, por regla general, de mármol; los marcos y las puertas, de roble. Se trata de una zona que transmite sensación de riqueza y resulta acogedora a la vez.

Además, Günter's está bien ubicado dentro de los límites de la capital más hermosa del mundo. A solo unos cientos de metros al sur del castillo de Karlberg y del Hospital Universitario Karolinska, y en las inmediaciones de las dos salidas más importantes de la parte norte del centro de la ciudad.

En realidad, el ex jefe de la policía judicial central, Lars Martin Johansson, tendría que haber estado ese día en Roslagen, en su casa de veraneo, pero por la mañana tuvo que ir al centro a una reunión en el banco para concluir un negocio forestal que había hecho junto con su hermano mayor.

Cuando todo estaba ya resuelto surgieron, como de costumbre, otras tareas y asuntos de carácter más particular y variado que, por motivos prácticos, podía resolver ya que estaba en el centro. La lista de quehaceres había ido ampliándose y cuando llegó el momento de volver con su mujer a la calma del verano en Radmansö eran casi las ocho de la tarde y Johansson tenía un hambre de lobo.

Solo unos cientos de metros antes de pasar Roslagstull para ir hacia el norte no pudo reprimirse las ganas. Antes muerto que seguir conduciendo una hora más con el estómago rugiéndole de aquel modo. Era preferible hacer una escapada al mejor puesto de salchichas de Suecia y pedir una salchicha yugoslava bien aderezada con pepinillos de Aland, ensalada de col y mostaza de Dijon. ¿O tal vez una salchicha picante con aroma a pimienta recién molida, pimienta y cebolla? ¿O degustaría, haciendo honor a su origen norteamericano, una salchicha de alce ligeramente ahumada con puré de patatas casero de Günter's?

Ocupado con esas agradables reflexiones, aparcó a solo unos metros del puesto, justo detrás de uno de los furgones de la policía de Estocolmo y, como ellos, dejó el coche en medio de la acera antes de salir. Si bien no era del todo legal puesto que llevaba tres años jubilado, resultaba práctico y útil, sobre todo para evitar atascos. Tenía grabados algunos hábitos que había adquirido en los casi cincuenta años que trabajó de policía.

Era un día caluroso y soleado de principios de julio, y una tarde igual de calurosa, lejos de la temperatura ideal para comer salchichas, y probablemente esa fuera la explicación de que en la cola del puesto solo hubiera cuatro colegas relativamente jóvenes de la unidad de traslados de la policía de Estocolmo. Antiguos colegas, por cierto, pero a él lo reconocían en todas partes. Saludos, sonrisas, el oficial que lo saluda llevándose la mano derecha a la cabeza rapada,

aunque tenía la gorra del uniforme metida por dentro del cinturón.

—¿Cómo va eso, muchachos? —preguntó Johansson, que finalmente se decidió en cuanto percibió los olores celestiales que le llegaban flotando. La salchicha de alce podía esperar hasta el otoño. Con todos los respetos por el olor a ahumados, por los sabores bien logrados y por la flema norteña, pero una tarde como esa requería ingredientes más contundentes. Aunque no demasiado, no tanto como los del sur de los Balcanes. Pimiento, cebolla, carne de cerdo picada y ligeramente salada estaría bien y, teniendo en cuenta el clima y su estado de ánimo, no podría ser mejor.

—Está la cosa tranquila, así que hemos pensado aprovechar la oportunidad antes de que se desate la tormenta —respondió el oficial—. El jefe puede pasar primero si lo desea. No tenemos prisa.

—Yo ya estoy jubilado —dijo Johansson con cierto énfasis—. Pero vosotros vais a trabajar. ¿Quién tiene fuerzas para vérselas con los malos con el estómago vacío?

—Estamos pensándolo aún. —El mando de la unidad de traslados saludó y sonrió—. Así que tranquilo.

—Está bien —convino Johansson volviéndose hacia la persona que estaba en la ventanilla—. Una especial con ensalada de col y mostaza francesa. Y también quiero algo frío para beber. Dame una botella de agua con gas. La de siempre, ya sabes.

Le señaló la botella al empleado de turno de Günter's. Un joven espabilado llamado Rudy, de origen austríaco igual que Günter ya que, a pesar de que este llevaba muerto cerca de una década, casi siempre contrataban personal procedente de su antigua patria: Sebastian, el mejor amigo de Günter, que se había hecho cargo ya antes de su muerte; Udo, que estuvo trabajando allí muchos años; Katja, que solo iba a veces. Alguien más cuyo nombre había olvidado, y el último por ahora, Rudy. Johansson los conocía a todos, ellos lo conocían a él desde hacía varios cientos de salchi-

chas, y mientras Rudy le preparaba el pedido, él se dedicó a charlar con sus colegas más jóvenes. O sus antiguos colegas, para ser más exactos.

—Este año se cumplirán cuarenta y seis desde que empecé en seguridad ciudadana en Estocolmo —dijo Johansson. ¿O son cuarenta y siete?, pensó. Da lo mismo.

—Eso era cuando llevabais sable, ¿no? —comentó con una amplia sonrisa el que parecía el más joven de la patrulla.

—Ándate con cuidado, chico —dijo Johansson. Un muchacho simpático, pensó.

—Pero luego pasaste a investigación —terció el jefe del joven figura, que parecía conocer bien la historia de Johansson.

—Así que estás al tanto. Quince años —asintió.

—Con Jarnebring —intervino el otro.

—Exacto. Veo que tenéis controlados a los viejos piratas.

—Estuve trabajando allí. Jarnis, o Bosse, era mi jefe. El mejor que he tenido —añadió con firmeza.

—¿Te lo pongo en pan francés o lo quieres en bandeja, jefe? —lo interrumpió Rudy, mostrándole la salchicha que acababa de preparar.

—Como siempre —dijo Johansson—. Le quitas la miga a una baguette y pones la salchicha con ensalada de col y mostaza.

¿Será tan difícil de recordar?, pensó.

—¿Dónde estábamos? —preguntó dirigiéndose al colega que había tenido a su mejor amigo de jefe.

—Jarnebring, Bo Jarnebring.

—Eso es —dijo Johansson con más énfasis del necesario, casi como quien ha perdido el hilo—. Jarnebring, sí. Está jubilado como yo, se fue a los sesenta y cinco, hace un año. Por lo demás, está de primera. Nos vemos con frecuencia y nos contamos viejos recuerdos medio inventados.

—Salúdalo de mi parte... Patrik Akesson, pero dile que de parte de Patdos. Éramos dos Patrik en el grupo y yo llegué el último, así que Jarnis me rebautizó para evitar errores innecesarios, sobre todo a la hora de asignarnos destino.

—Propio de Jarnebring —dijo Johansson.

Luego se despidió, cogió el cambio, la salchicha y el agua mineral que había pedido. Y como no tenía nada más que decir, volvió a hacer un gesto de despedida.

—Cuidaos, muchachos —agregó—. Por lo que he visto, las cosas ya no son como en mis tiempos.

Todos le devolvieron el saludo con repentina seriedad, y el mando del grupo le demostró una vez más su respeto llevándose la mano a la cabeza rapada.

En mis tiempos te habrían echado si hubieras saludado sin la gorra, pensó Johansson mientras se acomodaba frente al volante con cierto esfuerzo, colocaba la bebida entre los dos asientos y se cambiaba la salchicha de la mano derecha a la izquierda.

En ese preciso momento notó como si alguien le hubiera clavado un punzón en la nuca. No era el preludio sordo de un dolor de cabeza común, sino un dolor agudo y penetrante que se le extendió enseguida por toda la parte posterior de la cabeza. Los ruidos de la calle, que se volvieron vagos, difíciles de percibir, hasta que se extinguieron. La oscuridad, que le cegó los ojos, primero el derecho, luego el izquierdo, como si alguien hubiera bajado una persiana que se hubiera quedado a medias. El brazo, que se le quedó como dormido, y los dedos rígidos y tiesos. La salchicha, que se le cayó entre los dos asientos.

Luego todo oscuridad, todo silencio.

2

De la noche del lunes, 5 de julio, al mediodía del miércoles, 7 de julio de 2010

Lars Martin Johansson está inconsciente. Poco después de medianoche, en cuanto se estabiliza su estado, lo trasladan de cuidados intensivos a neurocirugía. No demasiado lejos, por si surgieran complicaciones y hubiera que operarlo.

En la mitología griega, Hipnos es el dios del sueño y hermano gemelo de Tánatos, que personifica la muerte no violenta. Ambos hijos de Nix, la diosa de la noche, pero ninguno de ellos es la deidad de Johansson, ni siquiera Nix, porque Johansson está inconsciente. Si bien es cierto que reacciona a la luz en un sentido meramente fisiológico cuando a alguno de los que pasan por allí con la bata blanca se le ocurre levantarle los párpados para examinarle los ojos con una linterna, pero como él no es consciente de ello le da igual.

Hipnos no es su dios porque no está dormido y no hay ningún sueño que lo atormente o que le alivie la angustia. Los sueños requieren la presencia de personas y acontecimientos y, a falta de ellos, podemos arreglárnoslas con animales irracionales o cosas inertes como una nasa verde, o incluso con una que tenga el color equivocado, o tal vez un trineo que tuvimos en la infancia, pero los sueños requieren sobre todo una conciencia con la que poder relacionarse y Johansson carece de ella.

Tánatos tampoco rige sobre él. Porque Johansson vive, respira y su corazón late por sí mismo. Bien es verdad que necesita medicamentos que estabilicen su ritmo cardíaco, disminuyan la presión sanguínea y fluidifiquen la sangre; que mitiguen el dolor, lo duerman y tranquilicen mediante todas esas agujas, vías, cables y tubos que le han puesto. Pero sea como sea está vivo, y si ahora se encuentra en el reino de Nix, en la oscuridad de la noche, a él no le importa, porque no es consciente de ello. Y mejor así, por cierto, ya que Nix no es una mujer nada agradable, ni siquiera en el sentido mitológico. Entre otras cosas es, además, la diosa de la venganza, pero ¿qué persona decente puede guardarle rencor a Lars Martin Johansson?

Sin embargo, es probable que Hipnos sea el más cercano a él. En las imágenes de la Antigüedad se lo suele representar como a un joven con cápsulas de adormidera en la mano, lo que como mínimo demuestra que ya los antiguos griegos se dieron cuenta de algo que la medicina y el tráfico internacional de drogas tardarían un par de miles de años más en entender. Y si Johansson fuera consciente de lo que le introducen por las venas seguramente asentiría. Pero lo mismo da. Johansson está inconsciente. No está muerto, no está durmiendo y desde luego no está soñando, es impensable que pueda mover la cabeza y no importa demasiado que haya luz u oscuridad.

3

Tarde del miércoles, 7 de julio de 2010

Comienza como un dolor sordo en la parte posterior de la cabeza y una percepción de luz, sin saber cuándo ni por qué, pero de repente se despierta. Descubre que está tumbado en una cama y que debe de haber estado durmiendo sobre el brazo derecho porque se le ha entumecido. No se siente los dedos y tiene dificultades para mover la mano derecha. Hay una mujer con una bata blanca y cabello rubio muy corto sentada junto a la cama. Para confirmar aún más cuál es su función allí, lleva metido un estetoscopio en el amplio bolsillo de la bata, a la altura del pecho.

¿Qué coño es esto?, piensa Johansson.

—¿Qué es esto? —dice a la mujer de la bata blanca.

—Me llamo Ulrika Stenholm —contesta la mujer, ladeando la cabeza para mirarlo—. Soy jefa auxiliar de servicio aquí, en el hospital Karolinska, y estás en mi unidad. Quisiera empezar preguntándote si recuerdas tu nombre.

Ella sonríe y lo anima con un gesto amable, enderezando la cabeza como para suavizar su pregunta.

—¿Que cómo me llamo? —pregunta Johansson sin entender muy bien lo que está ocurriendo.

—Eso es. ¿Lo recuerdas?

—Johansson —contesta él—. Me llamo Johansson.

—¿Y qué más? —Insiste con el mismo gesto, otra sonrisa amable, vuelta a ladear la cabeza hacia el otro lado, pero rendirse, no se rinde.

—Johansson. Lars Martin Johansson —contesta—. Si quieres saber mi número de documento de identidad tengo el carnet de conducir en la cartera. Suelo llevarla en el bolsillo izquierdo del pantalón. ¿Qué ha ocurrido?

La mujer que tiene al lado de la cama esboza una sonrisa bastante más amplia esta vez.

—Estás en la unidad de neurología del Hospital Universitario Karolinska —contesta ella—. El lunes por la noche tuviste una trombosis cerebral y viniste a parar aquí. —Vuelve a cambiar la cabeza de posición. Pelo rubio y corto, cuello largo y delgado sin indicios de arrugas.

—¿Qué día es hoy? —pregunta Johansson mientras piensa por algún motivo que ella no puede tener más de cuarenta años, ni un día más.

—Hoy es miércoles. Son las cinco de la tarde y hace apenas dos días que te trajeron aquí.

—¿Dónde está Pia? —pregunta Johansson—. Es mi mujer. —De pronto recuerda que iba en el coche y siente una gran intranquilidad que no puede explicar.

—Pia está de camino. Está bien. He hablado con ella hace un cuarto de hora y le he dicho que estabas despabilándote, así que ya viene para acá. —La doctora Stenholm se limita ahora a asentir dos veces, como para confirmar una vez más lo que acaba de decir.

—Entonces ¿ella está bien? Recuerdo que yo iba conduciendo —añade. La preocupación cuya causa desconoce va disminuyendo.

—Ibas solo en el coche. Tu mujer estaba en la casa de campo y la llamamos en cuanto entraste en urgencias. A partir de ese momento ha estado contigo casi todo el tiempo. Y, como ya te he dicho, está bien.

—Cuéntame —dice Johansson—, ¿qué ocurre? Quiero decir, ¿qué ha ocurrido?

—Claro, si te encuentras en condiciones. —Otro gesto de asentimiento, serio e inquisitivo.

—Cuéntame. Estoy de primera. Nunca he estado mejor. Estoy como una perla engarzada en oro —añade por si acaso. ¿Qué coño está pasando en realidad?, piensa, porque de pronto se siente inexplicablemente eufórico—. Debo de haberme dormido sobre el brazo —comenta, aunque ya se imagina por qué ni siquiera puede levantarlo de la colcha.

—Ya llegaremos a eso —responde ella—. Lo veremos después. No debes preocuparte. Si nos limitamos a ayudarnos mutuamente, tú y yo, estoy segura de que arreglaremos lo de tu brazo.

4

De la noche del lunes, 5 de julio, al mediodía del miércoles, 7 de julio de 2010

Fue el conductor de uno de los furgones policiales quien descubrió lo que le había pasado a Johansson. Cuando salió del vehículo para estirar las piernas vio que tenía la cabeza inmóvil apoyada en el volante y, al abrir la puerta del conductor para ver qué había ocurrido, Johansson, que estaba inconsciente, se desplomó de lado, y si el colega no lo hubiera sujetado con el brazo se habría caído de cabeza al asfalto.

Luego todo sucedió muy rápido. Les dijeron por la radio que la ambulancia tardaría como mínimo cinco minutos, lo que en la práctica solía significar el doble, y puesto que el mando del vehículo policial no tenía la menor intención de dejar que una de las leyendas más queridas del Cuerpo muriera por ese motivo y como quien dice en sus propios brazos, se limitó a levantarlo, meterlo en el furgón, dejarlo en el suelo, poner en marcha el motor, las luces y la sirena, y salir a toda velocidad hacia el hospital Karolinska. Un medio de transporte no del todo acorde con el reglamento, pero se trataba de un colega que se encontraba en una situación límite, así que podían meterse donde les cupieran todos los reglamentos e instrucciones.

Hasta las urgencias del hospital Karolinska apenas había un kilómetro en línea recta. Acercaron el vehículo todo lo que pudieron y dos minutos después lo detuvieron ante la

puerta de ingresos. Teniendo en cuenta la vida que había vivido y que en ese momento amenazaba con abandonarlo, Johansson hizo una entrada lógica y grandiosa. Tumbado inconsciente en una camilla, rodeado de policías de la unidad de traslados y de personal hospitalario, entró directamente en cuidados intensivos, pasando por delante de los pacientes comunes que esperaban sentados o tumbados con molestias vagas en el pecho, brazos rotos, esguinces de rodilla, dolor de oídos, alergias y resfriados comunes.

Luego todo siguió el procedimiento habitual y cuatro horas más tarde, una vez superado el momento de máxima gravedad y cuando el diagnóstico estaba ya prácticamente determinado, lo trasladaron a neurología.

—He hablado con el compañero que estaba de guardia el lunes por la noche —le dijo la doctora—. Él habló con uno de los policías que te trajeron aquí. He de decirte que se armó un gran revuelo. —Luego asiente y sonríe, esta vez sin ladear la cabeza.

—¿Revuelo?

—Según parece, un colega tuyo te reconoció y creyó que habías recibido un disparo en el estómago.

—¿Un disparo en el estómago?

—Llevabas la camisa manchada de ensalada de col y de mostaza. En grandes cantidades. Además, con tanto policía por allí, pues claro... Alguno creyó que te asomaban los intestinos —añadió ella, ya mucho más animada.

—Santo cielo —dijo Johansson. ¿De dónde se saca la gente esas cosas?, pensó.

—Según parece te desvaneciste junto al puesto de salchichas que hay en Karlbergsvägen, antes de que pudieras zamparte esa comida tan poco saludable que habías comprado. Ensalada de col, mostaza, pan blanco, tocino, salchichas de las grandes a la parrilla y no sé qué más.

¿De qué habla esta mujer?, pensó Johansson. Debe de ser el establecimiento de Günter's, se dijo. Se había detenido en Günter's, el mejor puesto de salchichas de Suecia.